

indudablemente de la zona arqueológicamente más desconocida de Cataluña, pero sin nuevas exploraciones nada se puede determinar, exploración que nos proponemos realizar cuando en los próximos meses invernales el descenso del nivel del embalse permita de nuevo visitar esta zona en la actualidad inmersa. Queda señalado el dato, que creemos no ha de carecer de interés. —
J. MALUQUER DE MOTES.

ENTERRAMIENTOS DE TEGULAE Y LOSAS EN LA MONTAÑA DE SANT LLORENÇ DEL MUNT

En el lugar llamado «Els Òbits», del macizo de Sant Llorenç del Munt, han sido descubiertas (junio de 1948) tres sepulturas, dos de *tegulae* y una de losas, al desescombrar un terreno ocupado por unas carboneras.¹ El interés del hallazgo reside, más que en sí mismo, en las consideraciones a que se presta la situación topográfica del lugar en orden al poblamiento antiguo de la región.

Como hemos dicho, se trata de tres sepulturas, cavadas, de oeste a este, a poca profundidad, en un terreno que forma declive bastante pronunciado en el mismo sentido en que están aquéllas abiertas; ellas mismas están dispuestas en pendiente, menos pronunciada, empero, que la del terreno, en forma que la parte correspondiente a los pies quedaba muy poco enterrada. En una de ellas, la de losas, esta parte estaba destruída desde antiguo, y sólo subsistía la cabecera. La superficialidad de las tumbas puede haber variado desde el tiempo en que fueron abiertas, pero creemos que nunca fueron muy profundas a causa de la naturaleza rocosa del terreno, que no invitaba a profundizar la excavación. La erosión, indudablemente, ha arrastrado tierras, pero también las ha acarreado de la parte alta de la pendiente; además, si ésta es bastante fuerte, no recoge una gran cantidad de aguas, pues su límite superior, formado por una alta muralla o acantilado vertical, queda a menos de un centenar de metros.

La tumba situada más al norte, a la que daremos el número 1, es de *tegulae*; tenía únicamente 1'46 m. de largo; su fondo estaba formado por tres tejas puestas en el sentido de la longitud, cada una de las cuales medía 55 cm. de largo por 42 de ancho, y para que no diesen más que aquel largo, montaba la de la cabecera encima de la central, y ésta encima de la de los pies, cosa de 10 cm. La cubierta la formaban otras seis tejas del mismo

1. Nos comunicaron la noticia de este hallazgo los señores D. Matío Aguirre y D. Luis Cuadras, que comenzaron la excavación el día 26 de junio y la terminaron con nosotros el día 9 de julio.

tamaño, dispuestas en ángulo, apoyadas unas en otras, en la disposición habitual en esta clase de enterramientos, pero puestas también en el sentido de su longitud, es decir, con los rebordes laterales horizontales; es posible que de la teja correspondiente a los pies no hubiese más que un fragmento, pues las de la parte alta, que son las que pudimos observar mejor, no montaban unas encima de otras, y entre las tres habrían dado, como es natural, mayor longitud que la que tenía la tumba. En la cabecera había otra teja puesta verticalmente, y quedaban restos de una última, dispuesta en la misma forma, en los pies. No había imbrices ni otro material alguno que cubriese las juntas, ni mortero de ninguna clase que uniese las tejas, como tampoco restos de túmulo por encima de la tumba. No hay que decir, pues, que, en estas condiciones, ésta se había desde antiguo rellenado de tierra. La tumba no había sido violada, pero la acción del tiempo la había destruido bastante, y las tejas en su mayoría aparecían fragmentadas. Una de ellas tenía la tan frecuente decoración de rayas cruzándose en aspa. El esqueleto, correspondiente a un adulto de baja estatura, estaba muy carcomido. Por parte de los señores Aguirre, Morros y Galofré que fueron quienes procedieron a la apertura de esta tumba, gracias a un cuidado extremo, se pudo recuperar el cráneo, pero en condiciones difíciles para el estudio, pues está muy aplastado. La tumba no contenía, como es lo más corriente en esta clase de enterramientos, hallazgo alguno.

La sepultura n.º 2, de losas estaba situada a 2 m. al sur de la anterior. Aquéllas eran de arenisca eocénica, que abunda en la montaña, toscamente talladas, la mayoría de las cuales habían desaparecido o habían sido desplazadas; formaban, al parecer, una caja cuadrangular; toda la parte de los pies faltaba, de manera que no pudo apreciarse su longitud y, del resto, en su sitio, no quedaban más que tres losas : la de la cabecera y dos del lado norte; el suelo de la sepultura era la misma roca natural de conglomerado. En esta tumba, seguramente violada o por lo menos destruida, se recogieron únicamente fragmentos del cráneo y de la mandíbula inferior, tan incompletos que no sirven para el estudio.

La sepultura n.º 3, de *tegulae*, situada a 1'60 m. al sur de la anterior, pero no alineada con ella, sino 2 m. más a Poniente, medía 1'63 m., y era de la misma forma que la n.º 1, pero, dada su mayor longitud, no fué preciso hacer cabalgar sus tejas unas encima de otras. Aunque éstas estaban rotas en numerosos fragmentos, especialmente en la parte correspondiente a la arista superior de la caja, no observamos señales de violación; las piernas del cadáver aparecían estiradas en su posición normal, los brazos estaban también alargados; quedaban en su lugar restos de los huesos de los pies, manos, de la pelvis, vértebras, costillas y aun de las clavículas; damos estos detalles, en otro caso innecesarios, para subrayar que faltaba el cráneo y

que no aparecieron tampoco restos de la mandíbula inferior y ni un solo diente; al parecer, el enterrado estaba decapitado al ser inhumado, o por lo menos la cabeza fué retirada en fecha antigua, cercana a la de la inhumación, y que si lo hubiese sido siglos después de ella, es difícil no hubiese quedado resto alguno de ella, por lo menos de los dientes, que tan fácilmente se desprenden y tanto resisten a la acción del tiempo. Es cierto que no encontramos tampoco restos de la teja que normalmente había de cerrar la sepultura por su parte alta, pero por allí ésta estaba cavada en la roca, de manera que es posible que se prescindiese de ella; por lo demás, como hemos dicho, no apreciamos señales de violación. Dos de las tejas que formaban el fondo tenían las mismas rayas en aspa que hemos citado. Así como el grosor normal de las tejas utilizadas era de 3 cm., una de las que formaban esta tumba era muy delgada, no midiendo más de 17 mm. de grueso. Hay que hacer la observación general de que estas tejas, si pudieron ser aprovechadas de alguna construcción, fueron escogidas en forma que todas ellas fueron colocadas enteras en las tumbas, y para formar éstas no se utilizaron otros elementos constructivos, como fragmentos de ladrillos, como acontece frecuentemente en sepulturas de esta clase construídas con materiales de desecho sacadas de ruinas.¹

Como hemos dicho, el interés de estas sepulturas, por lo demás tan vulgares, reside en su ubicación. Els Òbits se encuentran en el centro mismo del macizo de Sant Llorenç del Munt, a unos 900 m. de altura. El topónimo «Òbits» parece no puede tener otro sentido que el de sepulturas, y acaso sea originado por el descubrimiento antiguo de otras tumbas del mismo grupo que las descubiertas ahora, ya que es probable hayan existido y existan más. Pero actualmente este topónimo se aplica a una serie de *balmas* o cavidades poco profundas existentes al pie del *cingle* o acantilado que domina, de un centenar de metros de altura, el lugar en que están las tumbas. Estas balmas, orientadas a levante, presentan excelentes condiciones de habitabilidad; junto a ellas hay una fuente; son capaces para contener muchas personas, y de hecho han sido aprovechadas como viviendas seguramente en múltiples ocasiones; lo demuestran los restos de paredes que, en parte, las cerraban, los de un horno de pan, etc., todo ello viejo, pero no antiguo. La tradición de haber servido de asilo a falsificadores de moneda, aparece corroborado por el hallazgo de chapas de metal con perforaciones circulares. Hoy día continúan sirviendo de refugio de pastores y carboneros. Hay en ellas yacimiento, que nunca ha sido explorado, pero que, por lo menos en apariencia, da la sensación de ser moderno y poco potente.

1. Véase, como ejemplo, en esta misma revista, tumbas descubiertas en Badalona, cavadas en un campo de ruinas, y en las que se han aprovechado para hacerlas los más varios materiales (*Ampurias*, vol. I, 1939, lám. VIII)

Los enterramientos que hemos descrito no son tumbas allí emplazadas ocasionalmente para dar tierra a un muerto accidental; se opone a ello, no sólo su número, sino su perfección dentro de su pobreza; nadie para un menester de esta clase se toma el trabajo de traer, probablemente de lejos, pesados montones de tejas; resultaría más fácil llevarse el cadáver.

No nos cabe duda que las gentes que allí enterraban vivían cerca, probablemente en las balmas citadas. Si el lugar en que vivían resulta muy a propósito para gentes que lo ocupan temporalmente, como los que aun ahora lo utilizan, o para gentes viviendo de la caza, en una cultura mucho más antigua, o para gentes que se han visto precisadas a buscar refugio permanente en las montañas, debido a vivir en un período de inseguridad, lo resulta menos para una población de agricultores desarrollándose en un período de paz, como lo son los siglos de la dominación romana. Los hombres se establecen donde encuentran condiciones más fáciles de vida, siempre que no haya circunstancias especiales que influyan sobre esta natural tendencia y la desvíen. Sólo en un caso de superpoblación, los llanos próximos enteramente ocupados desbordarían de éstos para aprovechar los rincones de la montaña. El macizo de Sant Llorenç es notablemente estéril; los conglomerados que lo forman fundamentalmente, al descomponerse dan lugar a la formación de terrenos de muy escasas condiciones para el cultivo, bien diferentes de aquellos que se originan de la descomposición de otras rocas, por ejemplo, los granitos. Allí se originan capas delgadas de tierra vegetal, llenas de cantos rodados y, además, en puntos como Els Òbits la altura todavía disminuye las condiciones agrícolas de las escasas superficies de pendientes lo bastante suaves para que puedan cultivarse por medio de bancales. De todas maneras hay señales, a proximidad de las sepulturas, de haber existido tales bancales, naturalmente de época moderna, pero que pueden representar el final de una etapa de cultivo más antiguo. Por encima de las peñas a cuyo pie se abren las balmas de Els Òbits, hay una planicie, a unos 100 m. de altura, igualmente cultivable; las tierras dependientes de Can Pobla, Can Robert y otras *masies* de la montaña, situadas a altura mucho menor y de mejores condiciones agrarias, quedan demasiado lejos para poder haber sido cultivadas por las gentes de Els Òbits. Hoy día la vida agrícola ha desertado completamente de estos parajes y se mantiene tan sólo de una manera bastante precaria en lo alto de la Mola, junto a los restos de la abadía benedictina.

Tenemos, pues, un paraje hostil a la vida humana permanente, y sólo a propósito para lugar de refugio en tiempos que el llano ofrezca pocas condiciones de seguridad. Por esto juzgamos que estas sepulturas no son de época propiamente romana, sino de la alta edad media y, por lo tanto, no representan una muestra de que el poblamiento permanente de la época

romana hubiese alcanzado estos roquedos, sino un indicio de que se extendió hasta aquí al cesar la paz romana y al haber gentes que buscaban su seguridad al abrigo de las montañas.

Otra cuestión que se ofrece es si las *tegulae* utilizadas en estas sepulturas eran nuevas, traídas expresamente de los hornos cerámicos, necesariamente situados bastante lejos, para esta aplicación funeraria, o aprovechadas de construcciones que tuviesen cubiertas de esta clase. Sin que sea posible resolver la cuestión, nos inclinaremos a la primera solución, por las siguientes razones: las tejas parece que eran todas enteras al ser empleadas en las sepulturas; en ellas no observamos adherencias de cemento o mortero, como es frecuente se encuentren en los materiales de derribo; no hay utilizados otros materiales constructivos de los que abundan en las ruinas; en el que hemos supuesto lugar de habitación próximo, las balmas de Els Òbits, no eran precisos materiales para techar; todo lo que en ellos puede requerirse para hacerlas más habitables son muros de cerramiento; si en la Mola hubo un lugar de habitación de esta época (como parece atestiguarlo el hallazgo en este lugar, en varias ocasiones, de monedas romanas), en cuyas techumbres debieron utilizarse *tegulae*, queda lo bastante lejos de Els Òbits (en línea recta, cerca de 2 Km. y con muy mal camino), para que no resultase mucho más fácil que traerlas del llano, a lomo de caballerías.

Por fin, recordemos que en la misma montaña, y en condiciones topográficas semejantes, en el Coll d'Eres, a 1,700 m. de Els Òbits y a 920 de altura, se encontraron en otras ocasiones, sepulturas semejantes, todas ellas, empero, de losas, una de las cuales contenía una hebilla visigótica,¹ lo que es otro motivo para fechar en esta época las tumbas de Els Òbits. Estos hallazgos del Coll d'Eres corroboran nuestra idea de la extensión del poblamiento hacia este macizo, en esta época de inseguridad. — J. DE C. SERRA-RÀFOLS-J. MALUQUER.

1. Joan SOLÀ, Sch. P., *Sivella visigòtica a Sant Llorenç del Munt*, en *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, VIII, Barcelona 1927-31, pág. 151 y fig. 237.